

UN ÁRBOL, UN AMOR

Juan Extremera Gómez

Catedrático

«Quizá mis lentos ojos no verán más el sur»

Luis Cernuda

SOBRE esta sufrida región del sureste peninsular se abate, desde hace ya algunos años, la más rigurosa de las sequías caracterizada, como nunca, por sus alarmantes mínimos pluviométricos. Son los primeros días de marzo y el invierno ha dejado por estos pagos apenas cuatro gotas de agua.

Con tan adversas circunstancias la vida vegetal aparece casi paralizada, medio dormida. Sólo los almendros han dejado volar ya sus hermosos pétalos blancos y rosados. Dentro de pocos días, las tierras bajas del litoral, desde Águilas a San Pedro del Pinatar, parecerán un hermoso jardín cuando el campo estalle en mil colores: las margaritas amarillas junto a las cunetas de carreteras y caminos; las erguidas varas de los asfódelos cubrirán los montes, bajo los pinos carrascos, entre cistus y romeros y, hacia el interior, camino del altiplano, las euforbias aparecerán por los campos baldíos, con su tenue tonalidad gualda y los collejones morados no faltarán en los esquimaldos barbechos, junto a las amapolas del trugal a punto de abrir sus alas rojas. Mientras, en las lomas y quebradas, en los ramblizos salinos de margas blancuzcas y grisáceas, retamas y adelfares tenderán sus ramas florecidas. Y al fondo, las montañas levantinas, azules en la lejanía, transparentes, cristalinas, con sus pinos aromáticos, sus secos espartizales, sus tomillos, mejoranas, salvias y cantuesos floridos. Será ya la primavera.

En los jardines de Murcia sólo los prunos han abierto tímidamente sus suaves corolas rosadas. Desde hace años, los parques de la ciudad se han ido llenando de hermosos árboles exóticos o aclimatados. Así, la agresiva corisia, de recias espinas en el tronco y ramas, pero de grandes y bellísimas flores; el omnipresente y esquemático branquiquito, con su nevado manto florido en la avanzada primavera; las lánguidas y elegantes tipuanas, de óptima fronda; las catalpas, de enormes y pomposas hojas, que ofrecen un espectáculo sorprendente cuando están en plena floración; los opulentos ombúes; los enormes, densos, oscuros ficus; las gráciles sóforas; las esbelta grevilleas, de originales estructuras foliares. Y las incomparables jacarandas, de florido manto azulado-violáceo en plazas, avenidas o jardines; y las erguidas e intrincadas bauhinias...

El tilo del jardín de Fofó tendrá pronto sus yemas reventonas, orondas y graves, como corresponden a un árbol aristocrático y proustiano. Pienso en Combray y me imagino las avenidas que llevan a Fontenebleau, al Bois de Boulogne, a Versalles o los jardines de Luxemburgo con sus próceres y venerables ejemplares de tilos. O en «la avenida de los tilos» de Gil de Biedma. Prefiero lo natural y lo espontáneo y me entusiasma contemplar, dentro de pocos días, los amentos péndulos del abedul o el sauce o las bellísimas

yemas del castaño de Indias, el arce, el ailanto o el haya.

Yo quisiera tener aquí, en Murcia, con su favorable y benigna climatología, mi auténtica y personal arboleda perdida para ver siempre, junto a mí, los árboles de mi niñez, cuando no tenía más árboles ni más flores que las sencillas y humildes del campo: las violetas, con sus torcidas corolas entre la fina hierba de los zarzales; los ranúnculos, en los regatos que desciende de la dehesa o en los ribazos de la vega; los lirios amarillos junto a las espadañas que crecen en el lecho del río; las prímulas, de aterciopeladas hojas, al abrigo del aliagar, áspero y erizado de espinas, pero que en el tardío mayo parece una mancha enorme de flores de intenso color amarillo. Y las laderas de las lomas, (los campos de violeta macadianos) cubiertas de los frágiles tallos del espliego.

Y quisiera poder ver todos los días los árboles de mi juventud, que quedan lejos, en tierras de otras latitudes que la añoranza, el tiempo y la distancia hacen más bellos. Los fresnos y sargueras, los chopos, olmos y álamos del río, cuando en días como hoy (marzo marcea como nunca), el cierzo helado barre los páramos dramáticos de una tierra irredimible, azotando robledos y encinares, enebros y sabinas, majuelos y zarzales, aliagas y piornos... Pero todo esto pertenece ya a un pasado, felizmente «pasado».

El tiempo, sin embargo, parece que se haya detenido entre aquellas humildes cosas. Vivir es «*ver pasar*», ver pasar aquellas nubes bajas, invernales, que cubren la sierra y anuncian la nevada; o el agua, que discurre lentamente por el mínimo,



casi cegado caz del viejo molino, hoy pura ruina; o el viento, que se enreda en las altas copas de los chopos esqueléticos, de los tristes álamos desnudos.

O mejor, vivir es «*volver a ver*», volver como yo he retornado hoy con la imaginación «en busca del tiempo perdido», para rememorar mis viejos amigos, mis adorables árboles de la sierra y del valle, junto al arroyo cristalino de los berros y las truchas, donde el nido del mirlo y el martín pescador, lejos del artificial parque de los árboles enjaulados por la mano del hombre, que tanto sabe de cultivos y de manipulaciones genéticas.